

Vocación y discernimiento en la vida de los jóvenes

*Carlos Silva Guillama**

Resumen:

El Sínodo de 2018 —con el título “Los jóvenes, la fe y el discernimiento vocacional”— centra la atención en los jóvenes; hablamos de grupos y culturas juveniles con realidades semejantes y a la vez diferentes, tanto en el campo socio-cultural como en el vocacional. La Iglesia desea anunciarles el amor de Dios y ayudarlos a discernir su vocación. La vocación es un único llamado que posee tres dimensiones: por un lado la antropológica y la bautismal y, por otro, la eclesial- específica. El desafío es ayudar a un discernimiento maduro, libre, responsable, comunitario y transformador de la propia vocación.

Palabras clave: jóvenes, vocación, discernimiento, ayuda, acompañamiento.

* Sacerdote Uruguayo. Maestro y sacerdote de la Diócesis de Salto, Uruguay. Es diplomado en Vida Religiosa por el Instituto Claretiano de Roma, licenciado en Teología Espiritual en la Universidad Gregoriana de Roma y doctor en Teología en la Universidad Mariano Soler de Montevideo. Es miembro del Centro Nacional de Vocaciones del Uruguay desde 1983, profesor del curso de acompañamiento espiritual- vocacional organizado por el Departamento de Vocaciones y Ministerios de la Conferencia Episcopal Uruguaya y docente del Centro Bíblico Teológico y Pastoral, CEBITEPAL del CELAM. Correo electrónico: padrecarlos54@gmail.com



Vocation and discernment in the lives of young people

Summary:

Three key words: youngsters, vocation and discernment are the center of young people; we refer to groups and cultures of young people with similar reality and at the same time different in the socio-cultural fields as well as in the vocational one. The church wants to announce God love and help you to discernment your own vocation. Vocation is the only “call” that has 3 dimensions on the one side the anthropological and baptismal aspect, and on the other hand the ecclesiastic specifically. The challenge is helping to achieve a mature, free, responsible communal and transforming discernment.

Key words: youth, vocation, discernment, support, accompaniment.



INTRODUCCIÓN

El Sínodo de 2018, con el título: “Los jóvenes, la fe y el discernimiento vocacional” centra la atención en la juventud. La Iglesia se interroga: *¿Cómo acompañar a los jóvenes para que reconozcan y acojan la llamada al amor y a la vida en plenitud?*¹ Renueva su opción por la juventud², le da participación y escucha a trescientos de ellos —provenientes de todo el mundo— entre el 19 y el 24 de marzo. Escucharlos e incluirlos en la preparación del Sínodo es una opción profética. La Iglesia Católica exalta su potencial, reconoce su aporte, sensibilidad ante la realidad, apertura. Es su misión acompañarlos en su discernimiento vocacional específico.

El “icono evangélico” es el apóstol Juan (cf. Jn 1, 35- 43), el discípulo joven al que el Maestro quería especialmente (cf. Jn 13, 23; 19, 26; 21, 7). Juan nos ayuda a contemplar a un joven que encuentra a Jesús, se convierte a Él y lo sigue a través de un proceso de fe y de maduración vocacional.

Desde el método “ver, juzgar y actuar” nos planteamos tres pasos: los jóvenes (ver), la vocación (juzgar) y el discernimiento (actuar).

¹ “Los jóvenes, la fe y el discernimiento vocacional”, Documento preparatorio, Madrid 2017 (A partir de ahora Documento preparatorio), pp. 9-10.

² V Conferencia General del Episcopal Latinoamericano y Caribeño, Aparecida - Brasil 2007 (A partir de ahora DA), 442- 446.



1. LOS JÓVENES DE HOY

Realidad

El capítulo I del Documento preparatorio del Sínodo constata que existe una pluralidad de mundos juveniles; los jóvenes del mundo se asemejan y, a la vez, poseen diferencias substanciales. Entre éstas encontramos: el efecto de las dinámicas geográficas que separan a los países con alta natalidad de aquellos donde la natalidad se reduce, la historia y la cultura de países de antigua tradición cristiana que se diferencian de otros con tradiciones religiosas distintas, donde el cristianismo es minoría³. A estos fenómenos agregamos el creciente secularismo. El mundo cambia rápidamente⁴.

Resulta imposible describir toda la realidad social, política, económica y cultural. Es compleja, desigual (cf. DA 36) y tiene alcance global (cf. DA 34). Estamos en la orilla de un cambio de época que provoca una crisis de sentido (cf. DA 33; 38; 44 y 56). La sociedad y la familia están en crisis (cf. DA 40). En muchas regiones la educación es deficitaria, crece la deserción estudiantil, disminuyen las posibilidades de acceder a una carrera universitaria o al estudio de un oficio; muchos jóvenes son víctimas de explotación, trata o esclavitud, son reclutados a la fuerza por bandas criminales, milicias irregulares o se convierten en “niñas esposas”. Muchos viven cuadros de pobreza, exclusión social y cultural (cf. Ex 3, 7; DA 48). Reconocemos que “las comunidades indígenas y afroamericanas... en muchas ocasiones, no son tratadas con dignidad e igualdad de condiciones... Sabemos de muchas mujeres que son excluidas en razón de su sexo, raza o situación socioeconómica... Nos preocupan también quienes dependen de las drogas, las personas con capacidades diferentes, los portadores y víctima de enfermedades graves... Lamentablemente, los excluidos no son solamente “explotados” sino “sobrantes” y “desechables” (DA 65). Las causas son múltiples.

³ Cf. Documento preparatorio, pp. 17-18.

⁴ FRANCISCO. *Laudato Si'*. Salto, mayo 2015, 18.

Algunos jóvenes, especialmente por su situación familiar y social, están heridos. Crece la incertidumbre, la inseguridad, la vulnerabilidad personal que genera falta de confianza en sí mismo, jóvenes pasivos y consumistas. La realidad afecta la identidad personal, la libertad y la responsabilidad juvenil. Muchas veces, condiciona y limita su futuro. Algunos eligen “vivir sin Dios”, mientras otros se refugian en sectas y lo buscan fuera de las Iglesias cristianas históricas, etc. Porque en todo desierto encontramos un oasis, porque la fe y la gracia provocan vidas ricas en humanidad y valores, también encontramos jóvenes que buscan ser libres, que creen que “un nuevo mundo es posible”, que participan, proponer cambios, se abren a discernir su futuro.

El interrogante eclesial es: ¿cómo ofrecer a los jóvenes espacios de libertad, crecimiento y discernimiento? Por eso, las preguntas para conocer la realidad juvenil se hacen por continentes. Para “América” son las siguientes:

- a. ¿De qué modo vuestras comunidades se hacen cargo de los jóvenes que experimentan situaciones de violencia extrema (guerrillas, bandas, cárcel, drogodependencia, matrimonios forzados) y los acompañan a lo largo de trayectorias de vida?
- b. ¿Qué formación ofrecéis para sostener el compromiso de los jóvenes en el ámbito sociopolítico con vistas al bien común?
- c. En contextos de fuerte secularización, ¿qué acciones pastorales resultan más eficaces para proseguir un camino de fe tras el camino de la iniciación cristiana?

Realidad vocacional

La juventud es una etapa de maduración personal y de opciones importantes, es un “estado del alma” que requiere libertad para elegir. La juventud es el tiempo de la elección profesional y vocacional. Joven es el que opta. La edad adulta es la etapa de la vida



en la que se maduran y mantienen las opciones que construyen la vida. Cuando alguien no ha realizado opciones definitivas a los cuarenta años es que aún no ha madurado. Cuando alguien las adelanta —como Santa Teresita— ha madurado tempranamente.

La realidad afecta la historia personal, la libertad, la capacidad de renuncia y elección, el perseverar en las opciones personales. Afecta el discernimiento y la fidelidad vocacional. *En muchas partes del mundo los jóvenes experimentan condiciones de particular dureza, en las que se hace difícil abrir el espacio para auténticas opciones de vida, en ausencia de márgenes, aunque sean mínimos, de ejercicio de la libertad*⁵.

Por un lado, la falta de libertad es determinante para el discernimiento. Algunos jóvenes temen o no saben ser libres. Otros no lo son, por su dependencia química, al alcohol, al ciber-espacio, a ciertas ideologías. Por otro, las carencias afectivas determinan problemas y conflictos relacionales; existen personas e instituciones con vínculos tóxicos que hacen improbable el trabajo en equipo y la vida comunitaria; los “jóvenes huérfanos”, los que tuvieron padres ausentes o sobreprotectores, suelen ser personas débiles e inseguras. Esta realidad deja otra secuela importante: opciones subjetivas y relativas, donde “hoy elijo esto, mañana veremos”. Algunos jóvenes establecen relaciones afectivas sin compromiso definitivo o poseen identidades sexuales no cerradas, tienen vínculos débiles, “consumen” comunidad en vez de crearla y sostenerla; no fueron educados para la fidelidad. Viven solamente el “hoy”. También influye negativamente la falta de cultivo intelectual. Asumimos esta realidad.

El primer desafío para un discernimiento maduro es ayudar a que cada uno sea libre. Los grupos parroquiales son un hermoso campo de crecimiento para la libertad. Un segundo desafío es la madurez psico-afectiva concorde a la edad. Los cuadros de inmadurez, inconsistencia, depresión o tendencias narcisistas dificultan el

⁵ Documento preparatorio, p. 22.

crecimiento, la auto-donación y la configuración integral de la persona desde la caridad pastoral y/o carismática. Un tercer desafío es lo espiritual. Hay quienes poseen una pobre experiencia de Dios o carecen de un proyecto de vida guiado por valores e ideales que permitan trascender y crecer; les cuesta entregar sus vidas a Cristo y mantener sus opciones. Estos factores nos exigen “no dar nada por supuesto” en cuanto a maduración y aportar a que cada uno sea realmente libre al discernir. Conocidos y dolorosos escándalos tienen dos causas claras: la manipulación de las conciencias que impidieron el ejercicio de la libertad al discernir y la aceptación de jóvenes que no eran aptos -por no ser verdaderamente libres- para la opción que realizaron. La vivencia de un rol y no de una vocación, el lograr salir de una situación de marginación, la búsqueda excesiva de poder o seguridad, la rigidez en el pensar o actuar, los vínculos fraternos débiles, la susceptibilidad o la inestabilidad como algo común, pueden ser síntomas de que en el proceso formativo o en el acompañamiento espiritual personalizado hubo carencias esenciales. Por eso nos adelantamos a afirmar que, para un discernimiento auténtico, es importante la participación de técnicos en un equipo inter-disciplinar. La realidad nos desafía a aceptar que el discernimiento para una opción definitiva de vida es permanente e integral.

2. LA VOCACIÓN

Concepto de vocación

Es la voluntad de Dios Padre que, en Cristo, se manifiesta por el Espíritu Santo como llamado y espera una respuesta libre y responsable de quien lo recibe.

La voluntad de Dios es su designio de felicidad y salvación para todo el género humano y para cada persona (cf. 1 Tim 2, 4). Es un llamado dirigido a la conciencia, que modifica radicalmente la existencia. El llamado es un don y una gracia (cf. Flp 2, 13); es integral, porque involucra la totalidad del sujeto y provoca el crecimiento de todas sus dimensiones. Contiene la historia personal, permite una respuesta total por la que se vive y hasta se muere. Es permanente, porque engloba la totalidad de la vida y es para siempre; el llamado



no cambia, porque Dios es eterno. Es dinámico y exige renovación; es carismático pues tiene en cuenta los talentos de cada uno y es concreto, es a “algo”. Da sentido a la vida. Responde a una situación histórica, a una realidad objetiva, a un desafío específico. Es para el bien de los hermanos. Es llamado a la vida escatológica y a la gloria eterna⁶. Se revela a través de signos que cada uno ha de descubrir y discernir. La vocación es el diálogo entre dos libertades, la del Creador y la de la criatura (cf. CR 55)⁷. Porque Dios ama entrañablemente a todos, llama a quién quiere, cuando quiere y como quiere⁸. Todos tenemos “una vocación”.

Dios, que llama, espera una respuesta libre y responsable de parte de quien recibe el llamado. El signo de que el llamado proviene de Dios es la alegría interior. Dos desafíos permanentes son: educar para la libertad y para la responsabilidad. La cultura vocacional hacia la que caminamos lleva a que cada uno, no sólo se preocupe de su respuesta personal, sino que también se responsabilice de la respuesta de los demás. Esto equivale a proponer una renovada Pastoral de las Vocaciones.

Teología de la vocación

Dios es el que llama. Desde esta afirmación podemos hablar de una “Teología de la vocación” y agregar que la vocación es un misterio trinitario. Dios Padre llama en Cristo por el Espíritu Santo. El Padre llama a la realización de un proyecto humano, histórico y fraterno. “El Hijo convoca a un discipulado misionero que convierte el seguimiento en anuncio de su misterio redentor; el Espíritu Santo capacita para amar como Dios ama” (CR 56).

Creemos... en un único Dios, que...al mismo tiempo es Padre, Hijo y Espíritu; es decir, comunidad, familia. De ahí que la

⁶ Cf. CONCILIO VATICANO II, Constitución dogmática *Lumen Gentium* 48 y 51 y Constitución pastoral *Gaudium et Spes* 22 y 25.

⁷ II Congreso Latinoamericano y Caribeño de Pastoral Vocacional. Cartago, Costa Rica 2011 (A partir de ahora CR), 55.

⁸ Cf. Exhortación Apostólica *Evangelii Gaudium* (A partir de ahora EG), 279.

vocación sea un misterio trinitario y, desde allí, un hecho eclesial: Dios Padre nos llama a ser personas y a darle sentido a la vida. Dios Hijo nos convoca a ser discípulos misioneros. Dios Espíritu Santo nos confía una misión concreta, siempre de servicio, en la Iglesia. (CR 63)

“Dios es Amor” (1 Jn 4, 8) y al decir de A. Cencini, “llama porque ama, llama amando y ama llamando”. Al comienzo de toda vocación encontramos el amor de Dios que dice sobre cada uno: “tú eres mi hijo, el predilecto, mi elegido” (cf. Mt 3, 17), te amo desde antes de nacer (cf. Jer 1, 5). El Padre llama en el Hijo. La “Palabra llama a cada uno personalmente, manifestando así que la vida misma es vocación (VD 77)”⁹. Nuestro ser de cristianos es una respuesta a Cristo (cf. CR 18). El Espíritu Santo nos capacita para discernir, cultivar y responder al llamado. La vocación nunca es para la auto-realización, sino para la auto-donación en el amor. No se proyecta en la economía espiritual de cada uno, sino que trasciende. Es para el bien de la Iglesia y del mundo.

Hablamos de un único llamado que posee tres dimensiones. Por un lado la humana o antropológica que procede del llamado a la vida y la dimensión cristiana o bautismal que reclama el cultivo de la fe. Por otro, la específica o eclesial. Ésta propone tres estados de vida: el laical, el ministerio ordenado y el consagrado (religiosos y religiosas, consagrados y consagradas). Desde el bautismo, cada opción definitiva de vida tiene un carácter misionero y es vocación a la comunión y a la santidad (cf. Lv 11, 44; 19, 2; LG 39- 42; CR 64).

La vocación al amor asume para cada uno una forma concreta en la vida cotidiana a través de una serie de opciones que articulan estado de vida (matrimonio, ministerio ordenado, vida consagrada, etc.), profesión, modalidad de compromiso social y político, estilo de vida, gestión del tiempo y del dinero, etc. Asumidas o padecidas, conscientes o inconscientes, se trata de elecciones de las que nadie puede exi-

⁹ Cf. Benedicto XVI, Exhortación Apostólica *Verbum Domini*, 2010 (A partir de ahora VD), 77.



mirse. El propósito del discernimiento vocacional es descubrir cómo transformarlas, a la luz de la fe, en pasos hacia la plenitud de la alegría a la que todos estamos llamados¹⁰.

Para acompañar a los jóvenes, en cada comunidad ha de haber un cambio de “mentalidad” o “teología vocacional” en su identidad, sus convicciones, su compromiso con la persona humana, su promoción vocacional y, especialmente, en su forma de relacionarse con Dios (cf. CR 54- 58). La teología vocacional pasa a ser “teofanía” cuando convierte su sensibilidad y ayuda a pasar del vacío existencial al sentido de fe, del individualismo y la indiferencia al compromiso, del hombre “sin vocación” —como señaló el Encuentro Internacional de Roma 2016— al hombre que se descubre llamado. La teofanía pasa a ser “teopatía” cuando el “vocacionable” experimenta que Dios sufre con los que sufren y llama a servir, cuando el joven se descubre en una “tienda de campaña” —al decir de Francisco— y se compadece con los heridos del camino dando a su vida un sentido de donación (cf. CR 71-74). La mentalidad vocacional ha de llegar a ser “espiritualidad vocacional”, es decir, una particular sensibilidad ante lo vocacional. Recuerdo mis primeros pasos vocacionales, sirviendo en un barrio periférico. Los pobres me cuestionaron y me pregunté: ¿Qué puedo hacer por ellos? Después el Señor me cautivó y me interrogó: ¿Qué me pide Dios, a qué me llama?

Antropología vocacional

El Padre, al llamarnos a la vida, nos saca de la “no existencia” y nos da identidad (cf. EG 274). El llamado reclama convertir nuestro nombre en misión, a semejanza de los grandes personajes del Antiguo Testamento. El nombre revela nuestro misterio más profundo: fragilidad, límites, capacidades, vínculos, proyectos, etc. Somos un misterio que se descubre y construye durante toda la vida. En términos antropológicos, el gran desafío del hombre y del joven actual es la capacidad de escuchar. Si la vocación es un llamado, nadie despierta a su vocación personal si no escucha. Escuchar es más que

¹⁰ Documento preparatorio, p. 10.

oír, es entrar en nosotros mismos para después salir, es gustar el silencio, es capacidad de intimidad. Es ponernos en camino como Abraham (cf. Gn 12, 4), es responder a un Dios que ha escuchado la aflicción de su pueblo y por eso llama (cf. Ex 3, 7); escuchar es responder a la voz de Dios que llama desde el sufrimiento colectivo de nuestra Iglesia. Escuchar es la puerta, la frontera que nos abre a una “cultura vocacional”. Hemos de aprender y reaprender a escuchar al Padre que habla desde la creación, al Hijo que nos dice: “sígueme” de múltiples formas, al Espíritu que grita los signos de nuestra vocación personal. También somos posibilidad de pecado y de gracia, de vínculos no sanos o de comunión.

Cristología vocacional

Jesús es el “enviado del Padre que nos envía” (cf. CR 59). A todos dice: “sígueme” (cf. Lc 5, 28). Quien escucha este llamado despierta vocacionalmente, es invitado a “estar con Él” (Lc 6, 13) y convocado a la misión (cf. Mt 28, 19- 20). Escuchamos a Cristo que nos habla especialmente en la oración; también hemos de escuchar las voces de la realidad y del hermano que espera de nosotros la pregunta primordial: “¿Qué puedo hacer por ti?” (2 Re 4, 2). El escuchar antecede el encuentro. Con palabras de Benedicto XVI: “no se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro... con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva” (DCE 1). “Sólo alguien enamorado de Cristo puede transformar su entorno vital” (CR 61). Ser discípulos misioneros es un proceso mediante el cual nos dejamos encontrar por Jesucristo, nos convertimos a Él, lo seguimos en comunidad de discípulos, aceptamos su llamado, amamos y servimos (cf. DA 278). Las dos palabras claves de la antropología y de la cristología vocacional son: escuchar y encontrar.

Eclesiología vocacional

El misterio de la Santísima Trinidad es el origen y el modelo de la Iglesia, misterio de Comunión. La Iglesia, “Asamblea de llamados” es el espacio adecuado para encontrar y escuchar al Señor.



“Ciertamente, el testimonio personal y comunitario de una vida de amistad e intimidad con Cristo, de total y gozosa entrega a Dios, ocupa un lugar de primer orden en la labor de promoción vocacional. El testimonio fiel y alegre de la propia vocación ha sido y es un medio privilegiado para despertar en tantos jóvenes el deseo de ir tras los pasos de Cristo”, decía Benedicto XVI (Roma, 21/01/2011).

La Diócesis y la parroquia, cuerpos articulados

La Iglesia es el Cuerpo de Cristo que es su Cabeza (I Cor, 12, 12- 27; Rom 12, 5; Ef 4, 12; LG 7). En cada Diócesis está presente la Iglesia que es: Una, Santa, Católica y Apostólica. Cada Diócesis está formada por varias parroquias y cada uno de ellas es el espacio vital para la maduración espiritual de los jóvenes y el discernimiento vocacional. En la parroquia se vive la complementariedad de las vocaciones. Subrayo esta realidad. En efecto, el sacerdocio ministerial está al servicio del “sacerdocio común de los fieles” (cf. LG 31-38) y la vida religiosa forma parte de la vida y de la santidad de la Iglesia (cf. LG 44). Subrayamos que “el carácter secular, es propio y peculiar de los laicos” (LG 31) aunque, algunos laicos están “dormidos” a sus compromisos culturales, políticos, sociales, etc.

170

medellín 170 / Enero - Abril (2018)

En todas las partes del mundo existen parroquias, congregaciones religiosas, asociaciones, movimientos y realidades eclesiales capaces de proyectar y ofrecer a los jóvenes experiencias de crecimiento y de discernimiento realmente significativas. A veces esta dimensión proyectiva deja espacio a la improvisación y a la incompetencia: es un riesgo del cual defenderse tomando cada vez más en serio la tarea de pensar, concretizar, coordinar y realizar la pastoral juvenil de modo correcto, coherente y eficaz¹¹.

Como Iglesia nos interrogamos: ¿Cómo despertar vocaciones específicas? ¿Cómo ayudar a nuestros jóvenes integrados a realizar

¹¹ Documento preparatorio, pp. 57- 58.

un buen discernimiento vocacional? Siempre, hemos de recordar que: “la mies es mucha, pero los obreros pocos; rueguen al Señor de la mies que envíe obreros a su mies” (Lc 10, 2). Siempre hemos de tener claro que la excelencia ha de estar por encima del número de vocaciones al ministerio ordenado y a la vida consagrada. Discierne cada uno y discierne la Iglesia. Nosotros, hemos de ser orantes, cercanos, “prójimo” de los jóvenes. Hemos de tener la convicción que, en comunidades vivas y “normales”, surgen vocaciones normales.

Itinerarios vocacionales

La vocación es un proceso que supone etapas, objetivos, propuestas y mediaciones (cf. DA 278). Aparecida habla de procesos de trasmisión de la fe (cf. DA 204), de discernimiento vocacional (cf. DA 294), de evangelización (cf. DA 399), de acompañamiento vocacional (cf. DA 446), etc. Nosotros podemos hablar de procesos psicológicos, pastorales, espirituales y vocacionales. El primero es el camino entre el yo real y el yo ideal; su fruto es la identidad personal. Desde el punto de vista pastoral distinguimos eventos de procesos. Los itinerarios vocacionales han de ir acompañados de procesos pastorales y espirituales previos, paralelos y complementarios. Suponen la fe, presumen la oración y la vida espiritual. Conducen al servicio, la entrega y el compromiso. El proceso vocacional brota y se nutre del Bautismo.

El II Congreso Latinoamericano y Caribeño de Pastoral Vocacional, Cartago-Costa Rica 2011, pensó el camino vocacional en cuatro etapas: a) “despertar”, tarea de toda la Iglesia; b) “discernir”, campo específico de la Pastoral de las Vocaciones; c) “cultivar” (que habitualmente se realiza en casas de formación inicial) y d) “acompañar”, formación permanente o etapa de síntesis al decir de la Nueva Ratio. Definimos la etapa del despertar como el tiempo “para la percepción de la buena semilla de la vocación, a partir del kerigma sobre Dios Padre que ama y llama en Jesucristo por el Espíritu Santo a la gran verdad de los relatos evangélicos típicamente vocacionales: ganar la vida entregándola” (CR 76). Definimos la etapa del “discernir” como aquella en que se disciernen “las seña-



les del llamado para auscultar sus voces y distinguir sus caminos, no profesionales sino vocacionales” (CR 76). Ciertamente, esta es la etapa más importante del proceso. Exige fe, el encuentro con Cristo, el cultivo de la libertad, oración, servicio y un buen acompañamiento espiritual-vocacional.

4. DISCERNIMIENTO VOCACIONAL

Todos discernimos; también discierne —inconscientemente— quien opta por ser pasivo. El espacio para escuchar y dialogar con Dios es la conciencia, “sagrario del hombre”. Los fieles pueden acompañar el discernimiento de alguien, pero cada uno es el único que puede escuchar al Espíritu que llama. La libertad humana, aunque siempre necesita ser purificada, no pierde nunca la capacidad de reconocer el bien y hacerlo, de escuchar al Señor que habla, de responder. La Iglesia tiene la responsabilidad de colaborar con todos los fieles para que realicen el discernimiento vocacional con madurez. En el caso de la vocación al ministerio ordenado y a la vida consagrada, la Iglesia confirma después el discernimiento personal que siempre es intransferible.

Discernimos en la fe, *participación en el modo de ver de Jesús... (y) fuente del discernimiento vocacional*¹². La fe es un don y a la vez, es una respuesta vocacional. Quien escucha el llamado divino responde con y desde la fe. Ella es la verdadera seguridad de quien discierne. Abre al auténtico amor y permite visualizar que toda vocación es una forma de amar.

El don del discernimiento

El discernimiento vocacional es: *el proceso por el cual la persona llega a realizar, en el diálogo con el Señor y escuchando la Voz del Espíritu, las elecciones fundamentales, empezando por la del estado de vida*¹³. No se realiza en un acto puntual, aun cuando en la

¹² Documento preparatorio, pp. 35. Cf. *Lumen fidei* 18.

¹³ Documento preparatorio, p. 39.

historia de cada vocación es posible identificar momentos o encuentros decisivos. Como todas las cosas importantes de la vida, también el discernimiento vocacional es un proceso largo, que se desarrolla en el tiempo, durante el cual es necesario mantener la atención a las indicaciones con las que el Señor precisa y específica una vocación que es exclusivamente personal e irrepetible¹⁴.

El primer nivel de discernimiento es ético. Distingue el bien del mal; opta por el bien, el bien mayor o el mal menor; “el alimento sólido es para los que han alcanzado madurez, para los que por el uso tienen los sentidos ejercitados en el discernimiento del bien y del mal” (Heb 5, 14). Se compromete con la maduración integral. Recordamos aquí los tres estadios filosóficos de Kierkegaard: el estético, tan común entre los jóvenes que se mueven sólo -ese es el problema- por la búsqueda de la belleza, el ético y el religioso; recalamos la importancia del estadio ético que se realiza en el amor. Mounier señala que la persona es un sujeto infinitamente complejo que pide una conversión espiritual incesante o revolución personalista y vive la expansión del espíritu, es decir, una revolución comunitaria. Ambas expansiones llevan a una nueva visión del mundo. Para Mounier, el corazón de la acción es la decisión interior. Es imposible pensar en un discernimiento vocacional sin las condiciones mínimas de desarrollo personal.

El segundo es profesional. Distinguimos profesión de vocación. La profesión es un aspecto de “la vocación”, pero no es “la” vocación. Tiene relación con el hacer y el saber hacer. Supone una actividad que incluye un período de capacitación —corrientemente en un centro de estudios especializados— en atención a las cualidades personales. Se expresa en un título profesional y en muchos casos, en un grado académico. En términos generales, en una profesión se integran armónicamente los intereses y las aptitudes personales. Coincidimos con Super que afirma que la profesión es la realización del concepto que la persona tiene de sí misma, lo que indica un proyecto de auto-realización. Tiedman y O’Hara dicen que la pro-

¹⁴ Documento preparatorio, p. 45.



fesión es auto-desarrollo del yo-en-situación. Aquí ubicamos todas las profesiones: enfermera, maestro, carpintero, etc. Holland y Roe indican que la profesión se vincula a la personalidad.

La vocación es el término que designa una realidad más amplia. Abarca el proyecto vital, implica el llamado que cada uno recibe de parte de Dios y la respuesta que da a lo largo de la vida. Determina el ser. Desarrolla las cualidades y talentos de la persona. Es el yo-en-situación en el contexto de la historia de la salvación. Es llamado-voluntad de Dios que habla desde la realidad y desde las cualidades que Él mismo da para la misión. La escuela de Rulla afirma que es la realización del ideal de sí mismo y no del concepto de uno mismo. El yo ideal es mucho más que un mirarse con auto-aceptación, es motivación que hace trascender al yo-real para que llegue a ser yo-ideal o ideal vocacional. El ideal vocacional incluye los ideales propios y los ideales que la Iglesia tiene para esa vocación particular. El paso del yo-real al yo-ideal supone un proceso. Mientras que la profesión u oficio tiene vacaciones y jubilaciones, la vocación es para siempre; una madre es madre para siempre. Aquí la persona se descubre como misterio vocacional. Al discernir, la persona siempre elige entre dos o más profesiones o escucha el llamado del Señor a una vocación, eligiéndola entre varias.

174

El tercero nivel es espiritual. En estos tres niveles de discernimiento también encontramos la realidad y las consecuencias del pecado.

Discernimiento espiritual, proceso integral

El primer discernimiento (dimensión antropológica de la vocación o, siguiendo la tradición oriental, nacimiento natural como hombre o mujer) es el sentido de la vida. La persona experimenta la vida como un don de Dios y busca dar un sentido a su vida. La clave es: “el que quiera salvar su vida, la perderá; pero el que pierda su vida por causa de mí, la hallará” (Mt 16, 25). A esto Cencini llama “gramática” vocacional. El bien de la vida ha de convertirse en bien donado. Sólo quien da la vida y “muere” alcanza la plenitud de la vida. Dar un sentido a la vida equivale a dar la vida y a construirnos

permanentemente como personas, al decir del filósofo Max Scheler que diferencia persona de individuo. Con palabras de Marichal afirmamos que el individuo se adapta al medio, está masificado. La persona es capaz de transformar y dar un sentido a su vida; se relaciona desde la solidaridad tratando a cada uno como igual, propone la vida en comunidad, busca el encuentro, la comunicación, da fraternidad, amistad, genera seguridad y libertad, tiende a la alteridad; la persona se realiza amando. Es lo que reafirma Rulla con su teoría de la “auto-trascendencia por el amor”. Quien ama es capaz de trascender. El primer discernimiento es existencial- vocacional y consiste en responder a las interrogantes: ¿Cómo y para quién, para quiénes voy a vivir? ¿Qué sentido daré a mi vida?

El segundo discernimiento (dimensión bautismal de la vocación o segundo nacimiento por el bautismo) es el compromiso discipular misionero. Responde a las preguntas de San Ignacio: ¿Qué hice por Cristo? ¿Qué hago por Cristo? ¿Qué haré por Cristo? También, al interrogante de San Alberto Hurtado: ¿Qué haría Cristo en mi lugar? Aparecida, en el número 278, presenta cinco pasos de un camino discipular, transversal a todas las etapas vocacionales e importantes en el discernimiento. El primer paso es el encuentro real y profundo con la Persona de Jesucristo; de hecho es el Señor quien llama y dice: “Sígueme” (Mc 1, 14; Mt 9, 9) (cf. DA 278 a). El segundo es la conversión. No hay encuentro verdadero si éste no conduce a la conversión, al crecimiento o al compromiso (a una de estas tres “c”) y esto es verificable (cf. DA 278 b). El tercero es el discipulado o seguimiento (cf. DA 278 c). El cuarto es alimentarnos con la Palabra, la Eucaristía y vivir en comunidad de discípulos (cf. DA 278 d). Finalmente, el quinto paso es ser misioneros (cf. DA 184; 278 e).

El tercer discernimiento (dimensión eclesial, específica de la vocación o “tercer nacimiento”, paso de la vida natural a la vida espiritual y a la madurez de la libertad¹⁵) es propiamente el discernimiento del estado de vida. Es imitación de Jesús que *con decisión*

¹⁵ Discursos de Filoxeno de Mabbug, obispo sirio del siglo V.



*se puso en camino hacia Jerusalén (cf. Lc 9,51) para ofrecer su vida por la humanidad. Sólo si la persona renuncia a ocupar el centro de la escena con sus necesidades se abre el espacio para acoger el proyecto de Dios a la vida familiar, al ministerio ordenado o a la vida consagrada, así como para llevar a cabo con rigor su profesión y buscar sinceramente el bien común*¹⁶.

En la base del discernimiento podemos identificar tres convicciones... La primera es que el Espíritu de Dios actúa en el corazón de cada hombre y de cada mujer a través de sentimientos y deseos que se conectan a ideas, imágenes y proyectos. Escuchando con atención, el ser humano tiene la posibilidad de interpretar estas señales. La segunda convicción es que el corazón humano, debido a su debilidad y al pecado, se presenta normalmente dividido a causa de la atracción de reclamos diferentes, o incluso opuestos. La tercera convicción es que, en cualquier caso, el camino de la vida impone decidir, porque no se puede permanecer indefinidamente en la indeterminación. Pero es necesario dotarse de los instrumentos para reconocer la llamada del Señor a la alegría del amor y elegir responder a ella¹⁷.

Distinguir las voces interiores

No estamos habituados a tomar decisiones bíblicamente, espiritualmente, porque sólo decidimos “a nivel humano”. El conocimiento de Jesucristo es el cimiento del discernimiento cristiano. Dice Santiago 1, 5: “si alguno de ustedes tiene falta de sabiduría, pídala a Dios”. Las cosas espirituales deben ser discernidas espiritualmente. Declara San Pablo en 1 Corintios 2,13- 14: “pero el hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura, y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente”. El discernimiento es una gracia.

¹⁶ Documento preparatorio, p. 46.

¹⁷ Documento preparatorio, pp. 47-48.

Al corazón humano llegan varias voces; diferenciamos cuatro: A) la voz de cada uno, manchada por el pecado, que muchas veces tiende al egoísmo, a lo negativo, al “hombre viejo”; B) la voz del “mundo”, de la sociedad con sus antivalores; esta es una voz que viene de afuera; C) la del demonio o “mal espíritu” que se opone a Dios y a sus enseñanzas, a lo bueno, al crecimiento, a la común- unión; el mal espíritu es un falso maestro, nos conduce al error, a la tentación o al pecado; D) la voz del Espíritu Santo que impulsa a la aceptación del Plan de Dios, a la libertad, a la coherencia, a la fidelidad. Estimula a escuchar, distinguir y aceptar el llamado vocacional personal. Propone con claridad o la vocación laical —incluimos en ella el matrimonio— o la vocación al ministerio ordenado o la vocación a la vida consagrada. La voz del Espíritu nos conduce a la paz interior, a vínculos sanos, a “volver a Dios”, a una forma de amar. Muchas veces llama también a la virginidad-castidad por el Reino. Cuando el Espíritu revela la vocación eclesial da alegría.

Tres verbos son importantes en esta etapa de discernimiento: I) “reconocer” la voz de Dios, para lo cual es fundamental la oración de meditación y clarificar los sentimientos, las propias voces y las voces del mundo de otras opiniones de las que hay que liberarse. Aquí es muy importante la capacidad de hacer silencio y un mínimo auto-conocimiento; II) “interpretar” lo que indica el Espíritu; en esta etapa es muy importante la paciencia y la escucha de la Palabra de Dios. No ayuda el tomar decisiones apresuradas. Se ha de distinguir claramente la voz del Espíritu de la del maligno; III) “elegir”, después de haber escuchado con claridad lo que indica el Señor. Es el momento de mayor libertad personal, de responsabilidad, de búsqueda de coherencia. Esta decisión debe ser sometida a la prueba del tiempo y a la confirmación objetiva de la Iglesia que, como Madre y Maestra, respalda la decisión personal¹⁸. En una sociedad subjetivista e individualista esta confirmación es fundamental.

¹⁸ Cf. Documento preparatorio, pp. 40-45.



Pasos del discernimiento

- a) Recibir Información: “Observad cómo es el país y sus habitantes... cómo es la tierra, buena o mala” (Num 13, 18- 20). Porque los vocacionales son múltiples, ante el deseo de entregar la vida a Dios, es necesario recibir una completa información vocacional.
- b) Meditar: “¿Quién de ustedes, queriendo edificar una torre, no se sienta primero a calcular los gastos y ver si tiene para acabarla?...” (Lc 14, 28-30). La vocación personal es una empresa demasiado grande, es para toda la vida, por lo que es fundamental meditar. Elegir no es ir a un shopping para ver lo que “me gusta”, sino asumir la llamada-propuesta de Dios.
- c) Discernimiento propiamente dicho o elección del estado de vida: “¿Qué debo hacer, Señor?” (Hch 22, 10). Es responder al llamado primordial.
- d) Superar el temor, la duda: “¡Ay, Señor mío! Mira que no sé hablar, que soy un muchacho” (Jer 1, 7). Es el momento de asumir los límites, debilidades y dar el paso de la fe confiada. A veces aparecen otras metas: “Te seguiré, Señor. Pero déjame primero...” (Lc 9, 59-61); es el momento de “no anteponer nada al amor de Cristo”, al decir de San Benito.
- e) Acción: “Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día y sígame” (Lc 9, 23). Dios confirma el discernimiento realizado.

Algunas reglas generales de discernimiento

1) No todo lo que sentimos viene de Dios. 2) El mal espíritu suele disfrazarse de bien aparente; no siempre deja clara la intención de apartarnos de Dios, de nuestra vocación personal. 3) Suele ingresar a la persona por la dimensión más débil (afectiva, relacional, intelectual, etc.) y por la herida primordial. 4) Con el demonio no se dialoga. 5) Solo quien ora frecuentemente y cuida la gracia

sacramental discierne rápidamente. Hablamos aquí de oración de diálogo, meditativa o contemplativa. 6) Al decir de San Juan de la Cruz: entre dos opciones se ha de elegir la que exige mayor sacrificio, “morir a uno mismo” y uno más a Cristo Crucificado. 7) La Voluntad de Dios tiene un “hilo conductor”, retoma la historia personal, une a Dios con verdadera amistad, da sentido de pertenencia a la Iglesia-Parroquia, expresa la sensibilidad ante lo social, mueve a mayor crecimiento, conversión, compromiso, caridad, oblación, radicalidad.

Acompañamiento espiritual-vocacional

Para un buen discernimiento es necesario el acompañamiento espiritual-vocacional personalizado. Éste es el ejercicio de la mediación eclesial. Es “el proceso personal y comunitario mediante el cual la Iglesia crea condiciones para que los cristianos puedan optar con la mayor madurez y libertad posible, por la manera específica del seguimiento de Jesús, según sea la Voluntad de Dios sobre sus vidas”¹⁹. Es “una ayuda temporal e instrumental que un hermano mayor en la fe y en el discipulado, presta a un hermano menor, compartiendo con él un trecho del camino, para que pueda discernir la acción de Dios en él, tomar decisiones y responder a la misma con libertad y responsabilidad” al decir de Cencini. Puede ser informal (al comienzo) o formal.

Los jóvenes sienten la necesidad de figuras de referencia cercanas, coherentes, así como de lugares y ocasiones en los que poner a prueba la capacidad de relación con los demás. Esta experiencia se da especialmente durante el acompañamiento formal que ha de ser: procesual pues ha de pasar por pasos concretos antes de llegar a la meta, metódico y estar “agendado”, integral pues ha de contemplar la totalidad de la persona, personalizado pues ha de contemplar al joven concreto.

¹⁹ III Encuentro Latinoamericano de Vocaciones, CELAM-DEVYM, “La Animación de la Pastoral Vocacional”. Lima 1986, 11.



Se trata de favorecer la relación entre la persona y el Señor, colaborando a eliminar lo que la obstaculiza. He aquí la diferencia entre el acompañamiento al discernimiento y el apoyo psicológico, que también, si está abierto a la trascendencia, se revela a menudo de fundamental importancia. El psicólogo sostiene a una persona en las dificultades y la ayuda a tomar conciencia de sus fragilidades y su potencial; el guía espiritual remite la persona al Señor y prepara el terreno para el encuentro con Él (cf. Jn 3, 29- 30)²⁰.

Después que se ha realizado un buen discernimiento, el desafío es la fidelidad.

CONCLUSIÓN

La Iglesia desea acompañar a los jóvenes para que puedan acoger con alegría a Cristo y su Evangelio. Desea escucharlos, caminar con ellos, ayudarlos a discernir su vocación específica. Los “ve” con cariño.

La vocación personal-ecclesial es una forma de valorar el don de la vida, de asumir el Bautismo, de amar, de servir y construir el futuro. Por eso, es clave que cada persona, discierna (“juzgue”) bien su vocación.

Es el tiempo de una Pastoral Vocacional (PV) cuidadosa, de un buen servicio de animación vocacional (SAV). Es el momento de una “pastoral juvenil vocacional” que no se quede en temas aislados o eventos, sino que vaya a lo esencial y ayude a cada uno a responder al Señor (“actuar”). Es la época de aceptar los tres verbos que propuso el Papa Francisco en el Encuentro Internacional de Roma 2016. El primero es “salir” de esquemas que encasillan el Evangelio, es salir con actitud de libertad interior, aceptando todas las vocaciones como necesarias y complementarias; es salir al encuentro de todos los jóvenes dedicándoles tiempo. Es salir para anunciar

²⁰ Cf. Documento preparatorio, p. 48.

a Cristo e integrar a la Iglesia. El segundo es “ver” con respeto a los jóvenes, escuchar sus historias, gozos y esperanzas, compartir sus sufrimientos con cristiana estima. El tercero es “llamar”; es un verbo típicamente vocacional. Jesús salió, vio con cariño y misericordia, llamó. Llamar quiere decir despertar el deseo de dar la vida sirviendo y amando. Es el tiempo de una Pastoral de las vocaciones que, al decir de Mons. Fajardo (Uruguay), tiene “más futuro que pasado”.

Toda la comunidad debe sentirse responsable de educar a las nuevas generaciones, de dar a los jóvenes la oportunidad de participar en organismos diocesanos y parroquiales, de colaborar con el discernimiento vocacional. Ha de brindar espacios de libertad y maduración. Porque no es fácil discernir, se han de proponer itinerarios, pasos, reglas y el acompañamiento espiritual-vocacional personalizado que antes llamábamos dirección espiritual.

Cómo al Apóstol Juan, cada joven ha de encontrar a Cristo, optar por Él, seguirlo, participar en una comunidad de discípulos misioneros. Cada joven ha de discernir su vocación específica —laicado en sus múltiples formas, ministerio ordenado o vida religiosa con sus variados carismas— con libertad y madurez. María Santísima, que recibió el mandato de ser Madre de todos (cf. Jn 19, 25-27) y sigue contemplando a los jóvenes y nos lleve a Jesús. Cada joven puede decir con actitud orante: “¿Qué debo hacer, Señor?” (Hech 22,10). María vuelve a decir a todos y a cada uno: “Hagan lo que Él les diga” (Jn 2, 5).

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- BENEDICTO XVI. Exhortación Apostólica *Verbum Domini*, 2010.
- BISSONI Angelo. “Dirección espiritual”. Buenos Aires: 1997.
- CELAM. V Conferencia General del Episcopal Latinoamericano y Caribeño. Aparecida - Brasil 2007.
- CONCILIO VATICANO II, Constitución dogmática *Lumen Gentium* y Constitución pastoral *Gaudium et Spes*.



- FRANCISCO. Encíclica *Laudato Si'*. Salto: 2015.
- FRANCISCO. Exhortación Apostólica *Evangelii Gaudium*. Roma: 2013.
- GIL ZORRILLA, Daniel. "Misión apostólica y discernimiento espiritual". Montevideo: 1977.
- II Congreso Latinoamericano y Caribeño de Pastoral Vocacional. Cartago, Costa Rica: 2011.
- III Encuentro Latinoamericano de Vocaciones, CELAM- DEVYM, "La Animación de la Pastoral Vocacional". Lima: 1986
- "Los jóvenes, la fe y el discernimiento vocacional". Documento preparatorio, Madrid: 2017.
- MARICHAL C. "Antropología filosófica". Montevideo: 2007.
- RUPNIK Marko. "El discernimiento". Madrid: 2001.
- SILVA Carlos. "Vocación: don, identidad y misión". Montevideo: 2008.